

SOLILOQUIO SESTO.

SOLILOQUIO SESTO.

OS ciegos y turbados,
Si pecados son venenos,
¿Cómo estais claros y buenos,
Despues que llorais pecados?

Si mis pecados llorais,
Que el alma lavar desea,
Y es una cosa tan fea,
¿Cómo tan claros estais?

No sé que sienta de Vos,
Que despues que habeis llorado
Tan claros habeis quedado
Que osásteis mirar á Dios.

En la cruz debió de ser,
Donde su costado aplica
El agua, que clarifica
Los ojos que la han de ver.

Y aunque por lanza sacada,
No es lance que merecisteis,
Pues siempre que le ofendisteis
Le disteis otra lanzada.

Mas ya los tengo, Señor,
En dos mares anegados;
Ya lloran por mis pecados,
Ya lloran por vuestro amor.

Si por miraros lloraron,
Echo de ver que tambien
Por ellos gané mi bien,
Pues que llorando os hallaron.

Llorar por satisfaccion
De mis culpas, justo es,
Pero tiene el interés
De conquistar el perdon.

Que las lágrimas, que van
A vuestra sangre divina,
Saben correr la cortina
De los enojos que os dan.

E importándome, Señor,
Tanto el verlos perdonados,
Más que llorar mis pecados,
Me sabe llorar de amor.

Pésame de no tener
Gran caudal para llorar,
Por mí, de puro pesar,
Por Vos, de puro placer.

Prestadme, fuentes y rios,
Vuestras eternas corrientes,
Aunque en estas cinco fuentes
Las hallan los ojos míos.

Ya, Jesús, mi corazón
No sabe mas de llorar,
Que le ha convertido en mar
El mar de vuestra pasión.

Hay unos hombres tan raros
Que se sustentan de olor;
¡Oh quién viviera, Señor,
De llorar y de miraros!

Y cuando del llanto en calma
Por falta de humor quedase,
¿Quién por de dentro llorase
Desde los ojos al alma?

Para llorar he pensado,
¡Oh celestial hermosura!
Que no hay mejor coyuntura
Que veros descoyuntado.

¡Ay Dios, si os amara yo
Al paso que os ofendí!
Mi amor me dice que sí,
Y mis pecados, que no.

Si tanta pena es perderos,
Y tanta gloria ganaros,
Cuando supe imaginaros,
¿Cómo no supe quererlos?

¡Oh gloria de mi esperanza!
 ¿Cómo fué tal mi rudeza,
 Que dejase la firmeza,
 Y buscase la mudanza.

Mas yo lloraré de suerte
 Mis pecados, Cristo mío,
 Que mi vida vuelta en río,
 Corra hasta el mar de la muerte.

URBADOS ojos míos, ¿qué
 novedad es esta? el pecado
 ¿no es veneno, y tal, que
 desde el primero quedó inficionada la
 naturaleza? ¿No fué mordedura de sierpe
 venenosa, que solo en aquel dulcísimo
 bocado pudiera hallar su antídoto? ¿Pues
 cómo llorándole, pues cómo destilándole
 por los ojos, estais tan claros? Si llorais

las culpas, que desea lavar el alma, convertida en llanto, y culpas es la cosa mas fea y más cometidas contra Dios, que hicieron al lucero de la mañana abominable y al hermoso cedro del Líbano corruptible, ¿cómo teneis tanta claridad y tan aguda vista?

Ojos, no sé qué me diga de aquesta mudanza vuestra, de esta trasformacion divina, que no Ovidiana ni fabulosa, pues tan de lince os habeis hecho, que osais mirar á Dios en la imágen de su humanidad santísima. No es posible, ojos mios venturosos, que haya sido en otra parte que en la santísima cruz, donde

aquel agua divina, última señal de que ya no quedaba sangre, os debe de haber clarificado, que esa divina celidonia que cuelga en ella habrá quitado las nieblas á vuestros engaños. Moisés hirió una piedra en Rasidin de quien salió la fuente, refrigerio del sediento Israel; y allí un soldado hiriendo la piedra Cristo, nunca mas triangular que entonces, clavados los piés juntos y abiertos y tendidos los brazos, sacó del golpe de la lanza este divino tesoro para los hombres.

Pero vosotros, ojos mios, no penseis que merecisteis este divino colirio con que os bañásteis, pues cada vez de las muchas